

# Expandir el tiempo

por Teresa Arozena

∞

Texto crítico en torno a la exposición de fotografía “Entretiempos, Instantes, Intervalos, Duraciones” (Centro de Arte La Regenta). Publicado en La Provincia. Diario de Las Palmas, el jueves 7 de abril de 2011, Suplemento de Cultura, p. 32. Con el título “Expandir el tiempo. Miradas en La Regenta”

∞

La preocupación por la desaparición, por la fugacidad de lo real, constituye un fondo constante del ser humano y –como decía hace ya más de cinco siglos el poeta Jorge Manrique– seguramente es la conciencia de ese *tempus fugit*, de ese irreversible *pasar*, lo que mejor nos define y aún. La forma que toma esta inquietud, no obstante, varía históricamente. Dentro del pensamiento moderno no resulta sorprendente que la imagen fotográfica, con todos sus atributos temporales, encare con diligencia la necesidad de entablar un nuevo diálogo con el tiempo, esa extraña magnitud que a menudo interpelamos tratando de responder a nuestras cuestiones más filosóficas.

No obstante las obras reunidas en *Entretiempos* parecen querer mucho menos buscar respuestas que plantear nuevas preguntas en torno a ese misterioso elemento con el que parece estar hecha la vida. Lo decía Enri Bergson, el filósofo de la duración: constituir nuevos problemas, es ahí donde reside la verdadera libertad. Cada una de las obras que conforma esta exposición sin duda nos ubica frente a nuevas modulaciones del problema, frente a pequeños enigmas reformulados. Pasado, presente y futuro circulan y se entrecruzan en el espacio de la sala produciendo un recorrido capaz de alterar nuestros hábitos, de ofrecernos nuevas percepciones y significados en torno al misterio de la duración. La imagen fotográfica es aquí una herramienta que facilita la experimentación y la especulación sobre la cuestión fundamental del tiempo.

Tiempo, espacio y dinero han sido desde siempre recursos entrelazados del poder social, no obstante el capitalismo inaugura toda una nueva “economía del tiempo” fundada sobre una correspondencia nítida y categórica: “el tiempo es oro”. El tiempo es dinero. La famosa frase de Benjamin Franklin –ese caballero que nos mira desde un billete de 100 dólares– seguramente cifra en cuatro palabras el paisaje de nuestra vida y explica la necesidad de administración y reglaje absoluto del tiempo. Los “momentos” son “los elementos de la ganancia”, son la plusvalía. No es de extrañar por tanto que la aceleración del tiempo haya sido uno de los ejes de la modernización capitalista: la aceleración del ritmo de la vida social no responde a otra cosa que al incremento del ritmo de los procesos económicos. Movilidad, instantaneidad, simultaneidad son facetas de la nueva velocidad al alza que configura nuestra actual trama temporal. Pero la intensa fase de comprensión espacio-temporal parece haber generado un impacto desorientador que ha cogido por sorpresa a las propias prácticas económico-políticas, tanto como al conjunto de vida cultural. En el escenario de la crisis las tensiones entre lo virtual y lo real se vuelven cada vez más volátiles, a la vez que el shock de la velocidad y la obsolescencia programada de la existencia prevalecen sobre cualquier profundidad discursiva. En este contexto, más que nunca el trabajo del arte adquiere valor y sentido desde su potencial para erigir espacios y tiempos específicos.

Expandir el tiempo, discurrir sobre él, alcanzar una experiencia que intensifique la duración, que le otorgue una nueva densidad. Es un propósito constante en el conjunto de los artistas cuyos trabajos podemos visitar en *Entretiempos*. De manera literal en *The American Room (La Habitación americana)*, de David Claerbout, que expande el microsegundo del corte fotográfico a casi 25 minutos de exploración inmersiva en una hiperrealidad virtual que resulta bastante inquietante. Sin duda su planteamiento responde a una vieja idea, que tal vez podríamos definir como el gran deseo mórbido de nuestra cultura: atravesar el delgado plano que separa el curso de lo real de la eternidad suspendida en la virtualidad de la imagen. La vieja fábula de *absorción por la imagen* se encuentra presente en nuestro acervo cultural desde el Narciso griego hasta Julio Cortázar (*Las babas del Diablo*), Antonioni (*Blow-up*) o Iván Zulueta (*Arrebato*): penetrar en la imagen, habitar una naturaleza muerta, experimentar el éxtasis de la vida suspendida.

A esa fijeza del tiempo de la pintura es a la que remite con astucia y ambivalencia la compleja obra de Tacita Dean, en sus dos películas *Still Life (Naturaleza muerta)* y *Day for Night (Día por noche)*, un trabajo desarrollado en el estudio del pintor Giorgio Morandi. Fetichismo exquisito, el mundo de los objetos del artista reverbera y ondula sobre el film de 16 mm. con tanta magia y misticismo como en los cuadros precedentes. A través de una sucesión de planos fijos sobre los misteriosos recipientes, las *naturalezas muertas* de Morandi, la película nos conduce a una cadencia contemplativa de la luz y los objetos en el tiempo del film, hasta el punto en que casi parece que podemos atestiguar en la porcelana el mismo temblor de la materia que Morandi revelara al mundo.

De modo bien distinto, la bellísima y célebre colección minimalista de autocines de Hiroshi Sugimoto también experimenta este sentido extático y meditativo del tiempo. El vacío se abre paso a través de la huella de luz-tiempo que queda sobre la “pantalla de los sueños”, tras registrar la duración completa de la luz emitida por la película proyectada. El film sobreexpuesto, quemado, abriendo sobre el negativo un cuadrado negro (blanco en la copia), no puede sino recordarnos la forma en que Malévich (con su “Cuadrado Negro”) invocara a comienzos del pasado siglo la potencia del vacío y la suspensión de todo discurso, sentido o representación.

La experiencia reflexiva de Sugimoto parece repetirse bajo signo opuesto en la interesantísima serie *Terezín* de Daniel Blaufuks, cuya operatoria consiste ya no en vaciar y suspender el discurso o el tiempo –el *fin de la historia* parece que también, y por fin, ha caducado–, sino en repensar, desplegar, sumar y adherir memoria y narración a las imágenes para llegar a comprenderlas en sus múltiples dimensiones. Es una pena que sólo podamos ver cuatro imágenes de un trabajo mucho más complejo donde se desarrolla toda una concepción arqueológica de la imagen, en la que el tiempo deviene un elemento crítico y la memoria un dispositivo clave para desarrollar un “estado estratigráfico de la imagen” (Deleuze, *La imagen-tiempo*). Vaciadas por sistema de sus propias circunstancias históricas, las imágenes en el régimen visual hegemónico del capitalismo constituyen meros objetos de consumo rápido, sin espesor. Por el contrario, la opción tomada por Blaufuks de producir imágenes que desplieguen críticamente su propio contexto expandiendo su “tiempo de lectura”, parece hoy todo un acto de resistencia, y una demanda completamente acertada. Toca cavar, hundirse en la tierra, no para hallar los fragmentos de una prehistoria, de una historia en el pasado, sino para reformular el presente, para levantar las capas desiertas de nuestro tiempo que sepultan a nuestros propios fantasmas. Liberar el tiempo de sus materializaciones habituales, en este camino subyace sin duda un potencial de construcción de una sociedad diferente en la que *valor y tiempo* han de aparecer bajo formas nuevas y muy distintas.